
Federico Delgado (1969-2023): la república de la justicia, la justicia de la república. Dossier

03/09/2023



Contenidos:

- **María Julia Bertomeu y Andrés Imperioso:** Federico Delgado: la virtud en bicicleta
 - **David Casassas:** Federico Delgado, la cara justa de la república democrática
 - **Luciana Bertoia:** Murió Federico Delgado, un fiscal que encontró fisuras para soñar con un sistema judicial más democrático
 - **Ariel Pennisi:** Federico Delgado, el fiscal anómalo
 - **Emilia Delfino:** Federico Delgado, un fuera de serie en los tribunales federales que deja su marca en la vida de amigos y detractores
 - **Miguel Bonasso:** Fede
 - **Carlos La Casa:** Alegato para Federico Delgado
-

Federico Delgado: la virtud en bicicleta ***María Julia Bertomeu y Andrés Imperioso***

La familia Delgado nos invitó al bar Varela Varelita de Buenos Aires -segunda casa de Federico- a despedir y honrarlo a su manera: sin traje, sin corbata, con abrazos, con besos, con llanto, pero también con risas. Yvonne, su compañera, nos pidió que lo recordáramos con la alegría de Federico. Con una fuerza extraordinaria para quien despide a su compañero de vida, nos pidió que no lo dejáramos morir: ¡No lo haremos, Ivonne! Lo necesitamos y estamos dispuestos a “discutirlo todo y desde el principio”.

Pocos días antes de su muerte, Federico y Andrés dialogaron sobre la película franco-polaca “Danton” (Andrzej Wajda, 1986). Andrés evoca la frase del inteligente y corrupto Mirabeau para referirse a Robespierre: “este joven hombre cree en lo que dice. Va a llegar lejos”. Pero ¿cuántos corruptos, menos inteligentes que Mirabeau, y tanto o más sarcásticos, habrán pensado lo mismo sobre nuestro virtuoso fiscal, que siempre creyó lo que decía y sólo decía lo que creía y sabía?

Federico siempre denunció los caprichos, hábitos ocultos y disputas del poder de un sistema judicial que, como el argentino, “no hace justicia”. Escribió un excelente libro que describe de manera general, pero desde su interior más profundo, qué es el sistema judicial y cómo funciona, “porque conozco el sistema judicial por dentro”

(1). Pasajes soberbios y valientes hablan sobre el inmenso poder de los jueces, que se incrementa en el poder judicial cuanto mayor es el desprestigio del magistrado en las calles; sobre los defensores oficiales, que representan los intereses de personas expulsadas de la sociedad y hacen un trabajo no grato, “porque tienen que vigilar que el Estado juzgue a personas que contribuyó a excluir”. Menciona con nombre y apellido a algunos miembros de la familia judicial, a quienes define con los durísimos rasgos con que Marx y Engels hablaban de la clase burguesa: “Nuestros burgueses, no satisfechos con tener a su disposición mujeres e hijas de obreros, sin hablar de la prostitución oficial, encuentran un placer singular en encornudarse mutuamente”. El sistema judicial, decía, a veces se toma mucho tiempo para resolver conflictos del orden criminal federal penal, en otras lo hace mal o no los resuelve y en otras ocasiones los resuelve en contra de la ley, lo que es patente cuando los involucrados son personas con poder económico, político o simbólico... “La justicia como institución fabrica lejanía, la sociedad no percibe las sentencias como justas, la impunidad quiebra la convivencia colectiva porque no se premia a quien cumple la ley, ni se castiga a quienes la violan, y eso es importante para vivir en comunidad”.

La *República de la impunidad* (2), el libro que Federico comenzó en el Varela Varelita y concluyó en el Barri Vell de Girona, comienza de esta manera: “El fútbol, el tango, el asado, el dulce de leche, la impunidad. Entre las cosas que caracterizan a la Argentina, la impunidad es una de las más notorias”. El texto identifica las causas y las prácticas, por lo general, pequeños comportamientos que hacen posible la impunidad en Argentina y logran que nada cambie. Pero siempre reconoció la labor de los trabajadores judiciales comprometidos con su función.

En los últimos años, la reflexión de Federico sobre la larga crisis argentina vino de la mano de un creciente interés por las ideas de *SinPermiso*. Su hijo Juan le acercó al *Eclipse de la fraternidad* de Toni Domènech y a textos sobre la Renta Básica de Daniel Raventós y David Casassas. A partir de ese momento, se preocupó por divulgar conceptos centrales necesarios para un republicanismo democrático en la Argentina. Nos sorprendió cuando Federico empezó a hablar sobre la libertad como no-dominación, sobre el derecho a la existencia, sobre la libertad republicana y las condiciones materiales que la garantizan, sobre la Renta Básica incondicional como herramienta necesaria para garantizar la existencia de todos frente a la crisis capitalista global... De manos de Federico, el *Eclipse de la fraternidad* llegó a varios periodistas, en especial a uno de los mejores de izquierda, Alejandro Bercovich. Gracias, Fede, por haberlo transmitido con tanto entusiasmo.

De manera original, y también controvertida -como ocurre con todas las ideas originales interesantes-, Federico entretejió las ideas republicanas de Toni Domènech y de sus discípulos con la teoría de O'Donnell sobre la democracia argentina. Con ese recurso teórico pensaba la praxis, especialmente para comprender cómo era posible gestionar intereses en tensión, propios de una sociedad compleja, y cómo diseñar las instituciones en una sociedad que no logra

construir espacios que permitan lidiar con los problemas constitutivos de la naturaleza humana. Encontró en el “corporativismo anárquico” de O’Donnell una perspectiva teórica y una herramienta útil para entender la imposibilidad de construir una república democrática en nuestro país. Decía Federico que el concepto de “corporativismo anárquico” sintetiza la combinación entre la violencia y las jerarquías, en el marco de ausencia de “instancias mediadoras reales”. En ese contexto, las instituciones se entendían como espacios de luchas de intereses privados o, para decirlo con sus propias palabras, “la infraestructura prevista por la constitución se convierte en un insumo que las corporaciones pueden hacer valer como propio a la hora de satisfacer su interés”. Al mismo tiempo, lecturas sobre el republicanismo domenechiano le permitían pensar en estrategias para evitar la “ausencia de instancias mediadoras” con propuestas de diseños institucionales republicano-democráticos para la gestión de lo público y la mediación del interés privado, aclarando que no caería en la tentación de separar lo público de lo privado, y mucho menos en la de cargar el peso de la dominación en el sector público republicano-democráticamente diseñado. Federico consideraba que la corrupción, entendida como el uso privado de lo público, es un rasgo que atraviesa a la sociedad argentina desde los tiempos del virreinato.

En abril de 2020, cuando el mundo atravesaba la pandemia del Covid-19 y muchos pensábamos que saldríamos de ella más solidarios, Federico escribía que esa suspensión de la vida social por el confinamiento quizás podría permitir un salto cualitativo en los debates de los argentinos. Se había puesto de manifiesto, nos decía, la distancia entre el Programa republicano de la Constitución Nacional y la cantidad de pobres que tuvieron que ser auxiliados mediante un ingreso focalizado para poder comer, en un país productor de alimentos a escala mundial. Entonces nos invitaba a discutir el primer derecho que se viola en la República Argentina: el derecho a la existencia. En ese momento, Federico también recordaba, tomando prestadas las palabras de O’Donnell, que muchas veces “los ciudadanos olvidan que solamente le ‘prestaron’ su poder a los gobernantes y éstos a su vez olvidan el verdadero origen de su mandato. Ello produce el divorcio de facto entre gobernantes y gobernados e impide, entre otras cosas, que la república pueda, a través del estado, fijar el interés general” (<https://www.sinpermiso.info/textos/la-posibilidad-de-discutir-todo-y-desde-el-principio>). Fue en ese momento en el que Federico pensaba que sería posible “discutirlo todo y desde el principio”. No pudo ser, pero lo intentaremos, Federico, y estarás con nosotros cuando te nombremos.

En los últimos meses estaba preocupado por los cambios políticos que se producían en Argentina. Entre otras cosas, advirtió la exacerbación del conflicto corporativo, pero también pensó que se trataba del fin de un ciclo iniciado en 2001. Especulaba con las consecuencias sociales de la transformación productiva, por ejemplo, con que los programas sociales fueran administrados por organizaciones independientes de la sociedad civil. Creía que “lo que va a estar en juego es establecer qué tipo de dinámica se impone para administrar cambios que me parecen inexorables y profundos”. Y entre otras cosas apostaba a ejercer la docencia para “explicar de verdad qué es el republicanismo”. Como legado nos

deja el **Observatorio Social Republicano** y un interesantísimo *podcast*, *El Hilo de Teseo*, que inició con sus tres hijos, Justo, Juan y Tomás.
(<https://open.spotify.com/show/2GuBz4J2J1JitG588rEq6L?si=140db55c48b948c9&nd=1>).

Hasta siempre, ciudadano y fiscal virtuoso. Gracias por no haber disfrutado de la comodidad del privilegio del poder, por haberlo investigado, por no haberte apropiado privadamente de tu trabajo, por haber asumido tu responsabilidad republicana ante la ciudadanía, por tu obsesión por saber mucho para entender lo que pasaba e intentar transformarlo, por tu virtud sin altivez, que la tribuna popular de Atlanta puede atestiguar, por haber permitido que el tenis, el deporte que te acompañó toda la vida, fuera también una escuela de virtud.

Descansa en paz, querido compañero.

Notas:

(1) Delgado, F, *Injusticia*, Buenos Aires, Ariel, 2018.

(2) Delgado, F, *La Republica de la impunidad*, Buenos Aires, Ariel, 2020.



Federico Delgado, la cara justa de la república democrática

David Casassas

Escribo esto desde la noche barcelonesa. La ola de calor abrasador ya pasó, pero el sentido de irrealidad, de que eso no debería haber ocurrido y, sin embargo, parece anunciar una nueva normalidad climática, permanece. Es de noche en Barcelona y me dicen familia y amigos de Federico Delgado que en media hora se encuentran en el Varela Varelita, emblemático café del barrio de Palermo, en Buenos Aires, en el que Fede vivió tantas horas de lectura, trabajo y charla incansable, para despedirlo y celebrarlo. Murió Federico Delgado y aquí, al otro lado del océano, nos disponemos a tratar de comprender el estremecimiento que dejó una noticia que, como esta ola de calor absurdo, no debería haber ocurrido y, sin embargo, forma parte ya de nuestra vida, tan hermosa y tan terrible. Escribo esto y siento poder adentrarme, siquiera un poco, en ese Varela Varelita en el que ahora se encuentra la gente de Fede, un Varela Varelita del que su hijo Juan tanto me habló y que, en un paseo hacia el domicilio de la filósofa María Julia Bertomeu, cliente habitual también, su hijo Tomás me mostró.

¿Cómo llegó Federico Delgado a nuestras vidas? Fiscal federal de renombre en Argentina por la valentía, la perspicacia y la profundidad ética y política con la que ejercía su profesión, también por la obstinada determinación por entender y explicar a la gente el funcionamiento de la justicia, supimos de él por el interés común en los fundamentos materiales y simbólicos de la libertad y la democracia. Si lo preferimos así, por el deseo común de una república con verdaderos contenidos republicanos y, por supuesto, de orientación plebeya, esto es, democrática -Federico Delgado sabía bien que el proyecto de la democracia fue siempre el proyecto de las clases populares, por mucho que las oligarquías trataran y traten de adueñarse de él al precio de vaciarlo de contenido substantivo-

Me explico. Seguramente en la estela del trabajo de Antoni Domènech sobre el socialismo -o “los socialismos”, en plural- como tradición heredera de la democracia republicana fraternal de 1789, pero también a caballo de tantas y tantas otras lecturas y de tantas y tantas dosis de sentido común, Federico Delgado estaba convencido de que un régimen republicano democrático no podía limitarse a constituir un espacio político sin monarquía y con ciertos procedimientos pulcramente diseñados. No. Una república democrática, en Argentina, en Francia, en Haití, en los Estados Unidos de Norteamérica y en Cataluña, como en cualquier otro territorio que podamos querer considerar, es un régimen en el que se reconoce un vínculo inquebrantable entre libertad y goce incondicional de recursos materiales y simbólicos que garanticen nuestras existencias en condiciones de dignidad. Una persona no puede ser libre si, carente de recursos, depende del arbitrio de agentes poderosos que puedan interferir despóticamente en su vida.

Así, aseguraba Federico Delgado junto con el nutrido grupo de personas con quienes pensó la justicia y la política, en Argentina y más allá, que, por todo ello,

conviene disputar la república a las fuerzas conservadoras, quienes dicen reverenciarla, pero tan poco conocen su gramática política. Una república democrática -y, por ello, popular, plebeya- exige deshacer las posiciones de poder y privilegio que minorizan a las grandes mayorías sociales -trabajadores y trabajadoras dependientes, mujeres, inmigrantes, etc.- y, también, someter a vigilancia y continuo escrutinio público el funcionamiento de los cuerpos institucionales de los que nos podemos dotar, precisamente, para combatir la dominación social -confiar en la república no equivale a ignorar la posibilidad de que ésta degenera despóticamente y se convierta en munición sobrevenida para consolidar los privilegios de unos pocos-.

Así pues, una república de la gente, de todos y todas, no puede limitarse a reconocer la personalidad jurídica de sus habitantes y a garantizar (supuestamente) nuestra igualdad ante la ley. Una república con contenidos republicanos, y con vocación de que tales contenidos alcancen a todo el mundo -si no, estaríamos hablando de una república oligárquica-, requiere que todo el mundo tenga su derecho a la existencia garantizado y que, a partir de ahí, todo el mundo pueda aguantar la mirada de los demás, sin temor a recibir castigo por ello, y tejer una interdependencia que respete la autonomía de todas las partes. Creer, como hacen las fuerzas conservadoras que tan a menudo levantan grandilocuentes la bandera de la república, que con la (supuesta) igualdad ante la ley ya basta; creer que, en el fondo, “querer es poder”; creer, en suma, que no hay que preocuparse políticamente por las condiciones socioeconómicas que estructuran nuestras vidas en el mundo gobernado por esa ley; creer todo eso equivale a entender y ordenar la vida social de acuerdo con la gramática política liberal -o neoliberal-, es decir, en las antípodas de lo que la tradición republicana-democrática ha reivindicado desde tiempos inmemoriales y sigue reivindicando en la actualidad, también en Argentina y Latinoamérica.

Ello es lo que explica su clarividencia a la hora de proyectar su mirada hacia la (in)justicia. Federico Delgado fue el fiscal de grandes casos en los que sobresalió por la brillantez, coraje y creatividad de su trabajo jurídico. Pero Federico Delgado no fue una suerte de Robin Hood que confrontaba el poder por mero “sentido de la justicia”, que lo tenía. Federico Delgado confrontó el poder porque su aproximación a la justicia, su “sentido de la justicia”, fue profundamente político o, si se prefiere así, inequívocamente republicano-democrático. En efecto, el fiscal Delgado sabía que el ejercicio de la justicia no consistía solo en conocer los procedimientos y desplegarlos con mecánica pulcritud. Como siempre decía, la (in)justicia, como todo en la vida, la hacemos las personas, a menudo desde posiciones sociales abiertamente desiguales, y ello implica trabajar desde la consciencia de que la corrupción descansa sobre una trama empresarial que tiene que ver con intereses identificables, que los actores poderosos cuentan con medios materiales y simbólicos para interferir en los procesos judiciales, que ser pobre o pertenecer a un grupo social minorizado es una de las causas que de un modo más palmario explican una sentencia condenatoria. De ahí su exhortación a una reforma cultural e institucional de la justicia, no solo la argentina, que permita hacer de ella un espacio para la resolución equitativa de los conflictos, lo que

conlleve, en buena medida, la reparación de las injusticias sociales que se encuentran en la base de muchas expresiones y consecuencias de tales conflictos.

Porque la historia está abierta y a todos y todas nos pertenece. Gramsciano hasta la médula y, por ello, convencido de que no existen soluciones de validez universal, Federico Delgado supo situarse entre la gente. Bien mirado, nunca dejó de ser gente. No solo por aquello de vestir como una persona normal, con su famosa camiseta negra y sus inseparables tejanos -por cierto: por si alguien todavía albergaba alguna duda, tanto el propio Fede como su familia siempre aseguraron que la camiseta no era la misma, sino que tenía muchas camisetas, o remeras, exactamente iguales-. Fede se situó entre la gente o, mejor dicho, nunca dejó de ser gente porque sabía que la justicia social toma formas abiertamente contingentes, y que es la capacidad popular de interpretar de mil maneras practicables las posibles vías y caminos para vivir con dignidad, aquello que ha de ser comprendido y fortalecido en términos sociopolíticos. Como Gramsci y Pasolini, como Robespierre y Mariátegui, Federico Delgado rehuyó la vida de despacho y se interesó profundamente por las formas en que las clases populares pudieran expresar y vehicular su deseo de hacerse con una vida propia, de ir moldeando una vida vivible. Por ello, supo entender, por ejemplo, el interés que la propuesta de la renta básica o ingreso ciudadano podía tener para el robustecimiento de la capacidad de emancipación y autoorganización social de las grandes mayorías. Pero, siempre fiel a cierto principio de “pluralismo institucional” o de “contingencia societaria”, jamás convirtió a la renta básica o ingreso ciudadano en un fetiche reverenciado, sino en una magnífica excusa para plantear y defender el derecho a una existencia incondicionalmente libre, se asentara en las instituciones y herramientas en las que se pudiera terminar asentando. Lo que sí era irrenunciable era la tarea, bien gramsciana, de pensar y poner en circulación todos los espacios, instancias y herramientas posibles, en cada momento y lugar, para la organización sociopolítica de la voluntad y del deseo compartido de una vida digna de ser vivida.

Pero ¿qué puede hacer de una persona un verdadero portador de intuiciones y aprendizajes políticos de hondo calado emancipatorio, un foco irradiador de un “sentido de la justicia” tan políticamente arraigado? Me atrevo a decir que, en el caso de Fede, no fueron ni los libros devorados ni la capacidad de trabajo en el plano estrictamente profesional, si bien tanto la lectura atenta como el celo con el que acometía sus responsabilidades como fiscal no hicieron sino acrecentar esa naturaleza suya de sherpa respetuoso, de firme pasador del testigo en la incesante carrera de relevos, de sólido centrocampista con infalible pase de gol. Me atrevo a decir que lo que ha hecho de Fede ese punto de encuentro de tantas y tantas personas genuinamente interesadas en la transformación social en clave democratizadora es, lisa y llanamente, una insaciable curiosidad que lo cosía a una realidad de la que, “anti-metafísicamente”, nunca quiso despegarse. Y eso se percibe en el estudio voraz de Maquiavelo y de Castoriadis, pero también en las ganas indisimuladas de compartir y explicar antropológica y sociopolíticamente un asado dominical y, a continuación, un partido de su Atlanta en Villa Crespo -por

cierto, aquella forma de manejar con humildad y discreción el carisma con el que se sentaba en esas gradas repletas de personas que conocían y reconocían su valía tiene mucho de esa determinación “gramsciana” suya de, simplemente, limitarse a habitar y observar el mundo, y de hacerlo con sus gentes-.

Y ese “principio de curiosidad” -¿o hay que hablar, mejor, de un “instinto”?- se percibía también -y ahora salto el charco y me sitúo en su Barcelona- cuando aterrizaba en tierras catalanas -últimamente lo hizo en repetidas ocasiones- y se disponía a recorrer y familiarizarse con las calles y barrios de la ciudad o a visitar la zona volcánica de la Garrotxa, cerca de Gerona, donde dedicaría tiempo y energía a observar y aquilatar asentamientos humanos, formas de organización del territorio, orografías curiosas, líquenes maravillosamente pegados a piedras y ramillas, y lo haría, además, con una muy estimable -y apreciada- capacidad de llamar la atención y descubrir misterios fabulosos, tan reales como las causas de la injusticia y de la resistencia popular a ella, a sus acompañantes catalanas más jóvenes, que por aquel entonces empezaban a salir de la escuela preinfantil. Ni que decir tiene, ese “principio o instinto de curiosidad” se ponía de manifiesto también en Cataluña a la hora de analizar el Barça del último Messi-en-el-Barça -y el Barça post-Messi-, del mismo modo que lo hacía cuando se disponía a entender las raíces profundas y las formas del proceso independentista catalán, proceso que supo aprehender sociopolíticamente, con toda su riqueza de matices, y del que decía que solo hallaría cauces democráticos y democratizadores, también para el resto del territorio peninsular, en la medida en que el punitivismo se apartara y dejara espacio a la imaginación jurídico-política. La ley y las instituciones son imprescindibles, claro está, pero el poder instituyente nunca puede quedar aplastado bajo la losa de lo instituido, máxime cuando lo instituido descansa en dosis ingentes de coacción y faccionalismo.

Fede fue, como dirían los epidemiólogos, un ser supercontagioso. También se dejó contagiar, y de qué manera. Por todo ello, lo que hizo nunca lo hizo solo. Esa fidelidad a la realidad de carácter tan “anti-metafísico” lo llevó a abrazar y rodearse de personas con quienes fraguar una actitud, una mirada y una lucha que no podía sino ser colectiva. Dentro de ese colectivo, sobresale la presencia de Yvonne Blajeau Bent, su compañera de vida, y de sus tres hijos, Tomás, Juan y Justo. También la de su hermano Gabriel y su familia. Y tanta otra gente que no me atrevo a citar por carecer de la lista exhaustiva, si es que tal lista existe. Quienes los conocemos y los hemos visto en acción hemos podido comprender que esa organización popular orientada a la conquista y reproducción de vidas vivibles en el seno de verdaderas repúblicas democráticas, en plural, es algo que puede empezar, si uno se empeña, en el calor de la domesticidad más cercana.

Termino. Me llega que el encuentro en el Varela Varelita va acabando. Que estuvo hermoso, lleno de gente, muy querida toda, que reconoce la huella de Fede. No dejemos de pasar el testigo y de proyectarlo hacia el futuro

Murió Federico Delgado, un fiscal que encontró fisuras para soñar con un sistema judicial más democrático

Luciana Bertoia

En un mundo en el que dominan los trajes y las corbatas, la remera negra y los *jeans* de Federico Delgado marcaban la diferencia. La bicicleta con la que solía llegar a Comodoro Py al alba, también. Habitante de los tribunales de Retiro desde hace décadas, hijo díscolo de la justicia criminal federal, Delgado siguió yendo hasta julio a la fiscalía del quinto piso en la que todos lo llamaban “Fede”, pese a que el cáncer avanzaba inexorablemente. Abogado y politólogo, murió a los 54 años, rodeado de sus hijos, cuenta uno de sus amigos cercanos.

– ¿Usted es fiscal? – le preguntó, divertida, Mirtha Legrand cuando Delgado fue al programa a presentar el libro que acababa de publicar con la periodista Catalina de Elía.

– Aunque no lo parezca – retrucó, rápido, él.

A Delgado le divertía su personaje provocador: el fiscal que había abjurado de los trajes y de los autos oficiales, el que andaba con una pulserita de Atlanta, el que contaba que había llegado al cargo por una designación “a dedo” y el que escribía dictámenes con citas de filósofos políticos. O el fiscal que había pedido, a principios de año, que se investigara uno de los tabúes de los últimos tiempos: el viaje de jueces y fiscales a Lago Escondido.

En 1990 llegó a la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires (UBA) por cierta inclinación hacia las ciencias sociales. Antes de recibirse en 1993, un compañero de la carrera le dijo que le convenía entrar como meritorio a tribunales para bajar de la abstracción que se manejaba en las aulas. Ese compañero lo llamó tiempo después para decirle que se había abierto una vacante en un juzgado penal ordinario. De esa forma, ingresó a Tribunales. En Comodoro Py, pese a su fama de rebelde, llegó a ser quien se quedaba con la firma de Germán Moldes cuando entraba de licencia.

La crisis de 2001 lo sorprendió en el ojo de la tormenta. Con su colega Eduardo Freiler eran quienes investigaban los sobornos en el Senado –que terminaron con la salida de Carlos “Chacho” Álvarez del gobierno de la Alianza– y el megacanje de Domingo Cavallo. Delgado solía decir que algunas de las arrugas que surcaban su cara habían aparecido en esos días; las otras se las debía al sol.

En ese diciembre endemoniado para la historia política reciente, Delgado presentó una denuncia penal después de ver cómo la Policía Federal Argentina (PFA) arremetía contra las Madres en Plaza de Mayo. Estuvo en las calles y, al calor de esa crisis, decidió que necesitaba nuevos elementos para entender a ese país que parecía hacerse añicos. Se anotó en la carrera de Ciencia Política en la UBA,

donde se maravillaba con los teóricos de Rubén Dri o las clases de Filosofía y Métodos de Jorge Lulo.

En sus días de estudiante tuvo cierto acercamiento a expresiones trotskistas, como el Partido Obrero (PO) o el Nuevo Movimiento al Socialismo (MAS). “Un periférico”, se definía él. “No era un militante hecho y derecho”, decía.

“Con Fede dimos muchas batallas juntos, la megacausa del Primer Cuerpo, los sobornos en el Senado, los bolsos de (José) López, los que lo conocimos desde el afecto no olvidaremos su amplia sonrisa, su lucidez para el análisis jurídico o político, y su franqueza”, lo despidió en su Instagram el juez federal Daniel Rafecas.

Delgado acompañó a Rafecas en la investigación del Primer Cuerpo de Ejército, la mayor megacausa por crímenes de lesa humanidad. También impulsó otras investigaciones. Solía decir que le interesaba conocer el entramado que posibilitó el golpe: en esa línea, promovió la pesquisa sobre el llamado Grupo Perrioux –en alusión a Jaime Perrioux, el ministro de Justicia de la dictadura de la Revolución Argentina– que le daba sustento ideológico a la dictadura de Jorge Rafael Videla.

Como fiscal también impulsó investigaciones sobre delitos sexuales en los centros clandestinos o sobre el rol de las empresas –como Mercedes Benz o la Ford–. Quiso indagar a monseñor Emilio Grasselli, pero nunca consiguió el apoyo del juez Julián Ercolini. Se hizo eco de la investigación de Página/12 sobre la espía que se infiltró en Madres de Plaza de Mayo y reunió documentación que terminó aportando a la megacausa ESMA. Fue, además, el fiscal de la causa del plan sistemático de robo de bebés. Abuelas de Plaza de Mayo lo saludó por su compromiso con el proceso de Memoria, Verdad y Justicia. “Ojalá que su ejemplo viva en las nuevas generaciones dentro de los tribunales”, escribieron en su Twitter.

En una entrevista que le concedió a Memoria Abierta, habló del rol pedagógico de los juicios de lesa humanidad para las generaciones que no vivieron el horror de los campos de concentración. “Lo que yo más rescato de estos juicios –además de los componentes normativos que tienen en cuanto a definir qué es el bien y qué es el mal– es que han dejado grietas que permiten pensar en un sistema judicial mucho más democrático”, dijo.

El presidente Alberto Fernández lo despidió en su cuenta de Twitter con palabras sentidas por su honestidad y como uno “de esos fiscales que tanta falta le hacen al país”. No habrá despedidas formales para Delgado. El martes por la tarde, un café en el bar Varela-Varelita que tanto le gustaba al fiscal, cuenta su amigo Pablo Slonimski.

Fuente: <https://www.pagina12.com.ar/582629-murio-federico-delgado-un-fiscal-que-encontro-fisuras-para-s>



Federico Delgado, el fiscal anómalo
Ariel Pennisi

“Temo una brutal revolución pasiva, para decirlo en términos gramscianos, por la capacidad que tiene el establishment neoliberal de rearticularse, de apropiarse de algunas demandas que circulan de manera inarticulada... Temo no estar a la altura como ciudadano, como integrante de esta gran polis, para no quedar afuera otra vez del nuevo diseño y de la nueva implementación de instituciones que estén a favor de la vida en sentido amplio, y no que estén solamente destinadas a garantizar un aspecto de nuestra vida, la económica...”. Federico Delgado, 2020.

Uno de los nuestros en un lugar que nunca sentimos nuestro. Tal vez, el lugar que llegó a ocupar como fiscal federal fue la forma más importante en que se manifestó una apuesta más amplia. Entre otras cosas, hacer que sintiéramos

como algo más cercano, más propio, ese ámbito kafkiano o, mejor, que nos permitiéramos formas de desacralizarlo. La imagen del hombre común llegando a su trabajo en bicicleta, genuina forma de vida de Federico, funciona también como un teatro político, como una interpelación y hasta una invitación a apropiarnos de instituciones fundadas en el mito retratado por la locución latina, *homo homini lupus* (hombre lobo del hombre), para disputar también ese sentido. Se ubicó en la tensión entre la capacidad de la sociedad de instituir sus propias mediaciones para decidir sobre lo común, y lo instituido refractario a una acción popular capaz de rebalsarlas y “sedimentar otro tipo de institucionalidad a favor de la lógica de mandar obedeciendo y de instituir con la acción colectiva el Estado”. En su ideario hizo resonar la Revolución Francesa con la consigna zapatista: “El día que murió la constitución de 1793, de la Revolución Francesa, se congeló lo que tiene que ver con la apuesta republicana, es decir, en vez de obedecer porque obedecemos circularmente, la propuesta de mandar obedeciendo”. Insistió, citando a Robespierre, en el “derecho a la existencia” y los medios para conservarla como algo irrenunciable; de ahí su interés en un ingreso básico universal.

Su relación con la institución fue deseante, imaginativa. En ese sentido, es un modelo vital disponible para cualquiera que sienta la distancia y hasta incompatibilidad de las instituciones, siempre asertivas, paranoicas, prepotentes – aun en su momento de irreversible deslegitimación–, con las vidas que, frágiles, titubeantes, felizmente negligentes o infelizmente individualistas, alimentan un cuerpo social desatento a la vida colectiva. En un ámbito de crápulas, de animales ostentosos, de hipócritas que esputan la palabra “República” entre sombra y sombra, Federico aparecía como un espíritu jovial, un republicano de verdad, tal vez, el único republicano posible: aquel capaz de cuestionar unas veces las fijezas, otras los dobleces de su propia institución. Y quedó claro el rencor de la “casta” judicial, esa a la que un libertario de pacotilla propone entregarle nada menos que el Ministerio de Justicia. Una fusión que eliminaría el contrapeso, ciertamente endeble, previsto en la Constitución.

El fiscal Delgado, como se lo conoce, deja ver en la estela de su recorrido, como una máquina sartreana que vuelve a elegir dramáticamente una y otra vez su destino, la necesidad de un afuera que, en su caso, no dejó de coincidir con el estudio, el pensamiento, la escritura. Porque ese “afuera” no es el hobby, ni una actividad paralela, sino la relación agujereada con la propia elección, esa perseverancia que lo ubicó siempre dentro y contra la institución. Y esa distancia que supo construir no la vivió cínicamente, por el contrario, la habitó creyendo en la posibilidad de hechos de justicia. No jugó el juego de los *outsiders*, no se presentó como un justiciero antisistema, tal vez, porque entrevió el rostro autodestructivo de esa posibilidad en una sociedad dominada por pasiones bajas. Como buen lector de la tradición, finalmente un moderno, comprendió la importancia de la institucionalidad como mediación mental y política, y como espacio de construcción de criterios comunes. De esa cuerda tiramos quienes imaginamos nuevas instituciones, contando siempre con su aporte y su crítica generosa.

Hace aproximadamente un año, en una nota proponía como ejercicio un caso hipotético con personajes y todo, que aprovechaba para mostrar procedimientos y comportamientos del funcionamiento judicial a la mirada común. Porque, entre otras cosas, sus intervenciones públicas tenían el sentido de horadar opacidades “para que la gran mayoría de los ciudadanos tome en sus manos ‘el problema judicial’”. Ahí deja ver hasta qué punto la ausencia de un sólido horizonte de sentido compartido se ve reflejada en la proliferación de la indiferencia, en el desapego y desapasionamiento de los funcionarios y agentes institucionales y en el bajo nivel de colaboración. Pero, al mismo tiempo, los personajes ficticios del caso que narra, junto a otros tantos, suplen las dificultades con esfuerzo y creatividad propios, a los que define con originalidad como “subsidios invisibles” que las trabajadoras y trabajadores del sistema judicial le dan con su actividad no reconocida al servicio público. Concluye, entonces: “el sistema judicial funciona. Pero funciona gracias al subsidio invisible de muchos empleados y empleadas que se sobreponen a un campo de problemas a los que las élites políticas se muestran indiferentes. (...) Mientras tanto las élites con capacidad para tomar decisiones **permanecen indiferentes**”.

En su libro *República de la impunidad* se ocupa, como buen descarriado, de la “familia judicial”. Justamente, su propósito no fue otro que desanudar la endogámica familiaridad, apostando a una comunidad abierta y diversa en capacidad de “reapropiarse” de sus instituciones y de todo instrumento que le permitiera crear para sí mejores condiciones de convivencia. “Nuestro sistema judicial prácticamente no enjuicia a grandes evasores tributarios, lavadores de dinero, hechos de corrupción administrativa, etc. El ejercicio del poder político en nuestro país exige una cuota de impunidad y el aparato judicial garantiza esa dosis que varía con el tiempo, pero que inexorablemente está presente. De esto deriva que las élites políticas y económicas consiguen cierta impunidad a cambio de la inmunidad que el dispositivo judicial **obtiene para sí**”. Planteos de este tipo dejaba por sentados en el debate público.

La “democracia revolucionaria fraterna”, tal como la entendía el pensador y militante antifranquista Antoni Domènech, de quien Federico era agudo lector, se afirma contra el despotismo de un Estado separado de la ciudadanía; contra el despotismo de una patronal incontrolable “por los trabajadores, por los consumidores y por el conjunto de la ciudadanía”; contra el despotismo doméstico patriarcal y autoritario; y contra la formación de poderes económicos monopólicos y oligopólicos propios “de una economía tiránica alimentada por grandes poderes privados substraídos al orden civil común de los libres e iguales”. Su trabajo estuvo, en la medida de las posibilidades con las que contó –y sabemos que no se ahorró ningún mojón en ese sentido–, orientado por esa apuesta de fondo que le reconocemos.

Desde las investigaciones por delitos de lesa humanidad cometidos por la dictadura de la desaparición de personas, hasta las causas de corrupción sin importar el “bando” del que se tratase, pasando por su aporte a la Comisión de Investigación de la deuda externa en el Congreso de la Nación, hasta la

presentación de una denuncia penal para que se investigaran los aumentos de precios de los alimentos durante el aislamiento obligatorio en plena pandemia, su investigación contribuyó a determinar responsabilidades empresarias y estatales en la masacre de Once; impulsó la indagatoria por los Panamá Papers, el escándalo de corrupción que involucró a un Macri ganador de las elecciones en 2015; llevó adelante la causa por enriquecimiento ilícito de José López (durante el último gobierno del Frente para la Victoria); no tuvo reparos en investigar a un director de servicios de inteligencia como Arribas (durante el gobierno de Cambiemos), y se levantó como siempre cuando sospechosamente un auto lo atropelló en condiciones nunca esclarecidas; no dudó en expresar su mirada crítica hacia la Corte Suprema por los extensos plazos de sus fallos, entre otras cosas; se mostró favorable a la tributación de ganancias por parte de jueces y fiscales; escuchó a seiscientos ex conscriptos y empleados de El Palomar, para exigirle al juez de la causa que considerara probados los vuelos de la muerte originados en esa base; además, le encomendó “someter esta investigación al **escrutinio de la sociedad civil**”.

En una conversación en el programa “Pensando la cosa”, a mediados de abril de 2020, manifestó dos temores que esta coyuntura anuda de manera preocupante: la emergencia de un personaje carismático ligado a la descreencia en lo público y una salida de la crisis que se diera “en base al paradigma de la eficiencia; que el paradigma de la eficiencia anclado en lo que nos pueden suministrar las nuevas tecnologías, termine obturando toda esta historia del sujeto como actor instituyente del sentido social”. Federico no confiaba la antropología negativa de los hombres lobo, se mantuvo más cerca de Spinoza, “de la composición de las múltiples potencias” para la creación de “cuerpos políticos radicalmente democráticos”; sin desconocer, sino todo lo contrario, la voluntad de poder de personas y grupos, tanto como las desigualdades históricas en el contexto histórico del capitalismo.

Siempre preocupado por lo que llamaba “expropiación institucional” para definir a los “intereses de las élites que se apropiaron de un sector del Estado”, en el fondo, la expropiación de las “instancias comunes”. Desde nuestro punto de vista crítico del Estado realmente existente, las instituciones surgidas en la modernidad alimentan, como forma postiza de lo común, la posibilidad estructural de esa expropiación por parte de las élites. Desde un punto de vista como el de Federico, republicano *border* –y, por eso mismo, verdadero republicano–, las instituciones modernas mantienen una cara abierta, cuya suerte depende de las prácticas concretas de quienes las habitan y del grado de activismo de la mayor parte posible de la sociedad. Esa fue su apuesta, por ello peleó, bregó con el ejemplo, suplementó lo esperable con un esfuerzo de pensamiento que debemos tomar como una verdadera donación. La generosidad es escasa entre corredores judiciales y políticos, es una rareza amenazada y, tal vez, el último tesoro alrededor del cual volver a pensar lo común.

Fuente: <https://www.tiempoar.com.ar/federico-delgado-fiscal/>



Federico Delgado, un fuera de serie en los tribunales federales que deja su marca en la vida de amigos y detractores

Emilia Delfino

Rebelde, obstinado, brillante y fuera de lo común. José Federico Delgado, fiscal federal, escritor, profesor, mentor, esposo, amigo, padre orgulloso de tres hijos, falleció este sábado 26 de agosto de 2023. Tenía 54 años, pero vivió muchas vidas. Se le notaba en la mirada y en la piel, pero nunca en la voz.

Las necrológicas siempre deben incluir los datos clásicos, pero nada tiene de clásico la existencia de Delgado. Titular de la fiscalía en lo Criminal y Correccional

Federal número 6 de la ciudad de Buenos Aires desde hacía un cuarto de siglo, investigó a militares, políticos, jueces y empresarios; narcos y tratantes de personas; defraudadores y abusadores de poder.

Entre las causas en las que se desempeñó estuvieron el caso de los sobornos en el Senado; la investigación sobre los delitos de lesa humanidad cometidos por el Primer Cuerpo del Ejército; el megacanje de la deuda externa durante el gobierno de la Alianza; la masacre ferroviaria de Once; los Panamá Papers; Odebrecht; y la tragedia de Time Warp.

Abogado (UBA) y licenciado en Ciencia Política (UBA), escribió libros, ensayos, columnas y otros textos sobre derecho, filosofía y ciencia política. No perteneció a la “familia judicial” y arrancó de abajo, de meritorio, pero emergió del sistema y se convirtió en su principal detractor interno.

Siempre se paró del lado de los más débiles, de los vulnerables, de los sin voz, aun en los peores momentos de los tribunales que habitaba, Comodoro Py 2002. Aun cuando sintió cómo la soledad le tatuaba la piel.

Federico Delgado nadaba. Jugaba al tenis. Pedaleaba su bicicleta. Corría carreras. Corría también en la vida. Todo era para ayer. Así, sin querer, mientras otros vivían una vida, él multiplicaba su estadía.

Su mente brillante y devoradora de libros no paró ni en los peores momentos de su enfermedad, un cáncer de pulmón que le llegó a pesar de haber renunciado al cigarrillo desde hacía años.

En las últimas semanas, Federico Delgado pedía libros, libros, libros. Quería leer. Quería escribir. Entregó **su última columna** en elDiarioAR el día de las elecciones primarias, el 13 de agosto último.

Padre dedicado y compañero. En agosto, **lanzó un podcast con sus hijos titulado *El hilo de Teseo***. Publicó el último episodio el viernes último.

Delgado podía ser un hombre muy solidario. También, dejarse llevar por el enojo. Pero esos límites a los que se sometía lo convirtieron en una de las personas más auténticas de los tribunales de Comodoro Py, donde dio batallas cuando nadie las daba, en los momentos más oscuros de ese edificio gris, un color que Delgado no conocía.

Existían muy pocas medias tintas y grises en su vida. Tenía amigos o enemigos, admiradores o detractores. Generaba cariño incondicional o miradas feroces.

Lo observaba todo. No se le escapaba nada. Tomaba nota en sus listas mentales y las consultaba toda vez que fuera necesario.

Todo giraba alrededor de una palabra, un poder y un concepto: la Justicia. Se permitió ser crudo, incluso con amigos que hoy, igual, lo están llorando porque Federico Delgado marcó sus vidas.

Escéptico, huidor del burócrata judicial, una de las razones que lo llevaron a estudiar ciencia política. Temperamental, impulsivo, irónico y ácido. El planificado mecanismo de defensa, la coraza de un hombre sensible.

También fue piadoso y benefactor porque no podía evitarlo, porque lo consideraba justo. En los momentos más difíciles, daba la mano para abrir las puertas, aunque quemara la manija. Honesto, aunque doliera. Dejó un tendal de heridos: por sus investigaciones y por su ausencia.

Inquieto. Alentador de desafíos ajenos y apostador de talentos y almas nobles. Federico Delgado dejó aprendices que vuelan solos. De su fiscalía salieron fiscales y un juez federal. Enseñó otra manera de ver y entender la Justicia y una forma diferente, nueva, de comunicar desde la Justicia para la gente. Sus colaboradores de ayer y hoy lo consideran un mentor. En los peores años de Comodoro Py fue un oasis para muchos y muchas. Le están muy agradecidos.

Profesor de Derecho, educador de malas experiencias y errores propios, y del ritual del buen cebador. Para periodistas y recién llegados, interruptor de luz en los pasillos oscuros y guía de la voluntad para exponer a quienes detestaba por su naturaleza y emergencia: los poderosos que hacían sentir su propia ley.

Nunca le gustó reconocerlo, pero él también tuvo poder: abrió investigaciones necesarias, impulsó causas justas y cerró expedientes para él injustos o innecesarios.

Cabulero, reservado y desobediente. Profundo y conversador. Mensajero permanente: con su ropa, su inamovible corte de pelo, su presencia austera. Matero a ultranza y cafetero del Varela Varelita, donde pasaba parte de sus tardes leyendo y escribiendo, y donde sus amigos y amigas lo despedirán este martes por la tarde. Federico Delgado se fue de este mundo pero quedará en él para siempre.

Fuente: https://www.eldiarioar.com/politica/federico-delgado-fuera-serie-tribunales-federales-deja-marca-vida-amigos-detractores_1_10468800.html



Fede
Miguel Bonasso

Tiene razón Heidegger: la muerte es la imposibilidad de toda posibilidad. Estoy viendo tu sonrisa de asentimiento y duele muchísimo, querido amigo, esta imposibilidad de volver a verte, de reírnos como tantas veces de nosotros mismos y de las tonterías y canalladas que prodiga la decadencia política argentina.

La retórica, dirías vos, es el módico consuelo que nos queda frente al hachazo de la vida. Tu muerte no logra existir en mi cabeza, querido Fede, porque son tantos los encuentros de felicidad que tuvimos con Yvonne y con los chicos, tantas las inocentes conspiraciones en las que participamos juntos, que cuesta muchísimo pensar que no se van a repetir jamás. Es eso precisamente lo más terrible de tu desaparición: perdernos tu humor, tu ironía para con tu propio oficio y el de la fauna de Comodoro Py, tus maravillosas imitaciones de algunos jueces, tu enorme cultura y erudición, que superaban holgadamente los años que tenías; todo ello se atesora ya inevitablemente, y también por suerte, en la memoria.

Desde que te conocí al despuntar el año 2000, en mi retorno a una realidad que había dejado de ser mía, fuiste un guía indispensable en algunas grandes vicisitudes de la política y la justicia. En el difícil trato entre un periodista y un fiscal con intenciones muchas veces contrapuestas, lograste un equilibrio perfecto sin romper la ponderación y discrecionalidad de los casos en los que estuviste eficazmente involucrado: supiste darme algunas claves decisivas para que yo pudiera informar a fondo.

Fuiste, como lo dije en muchas ocasiones en público, el verdadero Fiscal de la República; el más honesto e implacable, por eso no es de extrañar que te hayan tirado un coche encima y los miserables de siempre se hayan regocijado en tu desgracia.

Por tu precoz sabiduría y tu honestidad, me atrevería a decir, tal vez temerariamente, que no hay otro fiscal de tu envergadura. Ojalá hayas podido formar a muchachos y chicas que compartan tu visión de la justicia, porque a la Argentina le falta, de manera notoria, una rápida y exhaustiva incisión del escarpelo judicial.

Quienes tuvimos el privilegio de ser tus amigos hemos perdido para siempre el goce de una compañía tan placentera como estimulante, pero, por suerte, nos queda tu inmenso legado, que está en las causas que investigaste, en los libros que escribiste y en tu historia misma, digna de divulgarse entre los estudiantes del derecho y entre los que todavía buscan una sociedad más justa.

Adiós, Fede querido.

Alegato para Federico Delgado ***Carlos La Casa***

Señor Fiscal, usted nos estafó a todos. Nos estafó a todos, se fue con su voz, su cara de perro mojado y nos dejó hechos unos millonarios. No hay duda. No la vimos venir, pero ahora que pasó, era obvio que con su talento iba a hacer esta jugada maestra para dejarnos en evidencia como la manga de giles que somos. Usted, que tanto se empeñó en hacer justicia y se encontró con paredes, pinches y autos que se lo llevaron de frente, usted que supo acusar a los que nadie acusó, harto de los tecnicismos que alejan al poder de la persona real, eligió encarnar en su propio cuerpo el acto de injusticia más grande. Porque no había otro recinto más sagrado y más digno de sacrificio que su ser, para dar el ejemplo máximo. Y ahora todos nosotros nos preguntamos qué onda. Si al más justo, al más sano, al más tenista, al más bueno y al más Delgado en todos los sentidos, de pronto le cae una cosa que tiene cara de maldición como esta y se apaga, ¿qué nos queda a nosotros, complejos mortales? No tenemos idea. Estamos todos enfrentados al misterio. Pero usted sabía. La vio venir. Le avisaron por cucaracha de la sentencia e hizo un lento mutis por el foro. Acomodó un par de temas, se rajó y nos dejó una tragedia que se hizo breve porque de ahí brotó el engaño: resulta que debajo había un afecto que le teníamos y ahora está visible y circulante como una moneda nueva, a la mano, para intercambiarnos. Una moneda que curiosamente no devalúa, sino que, con el tiempo, ya lo sabemos, nos hará más ricos, porque nos hizo despertar a lo rico que éramos cuando lo teníamos entre nosotros, a lo rico que somos por tener ahora su recuerdo. No voy a decir gracias por haberme hecho parte de su círculo más íntimo, no voy a felicitarlo por la familia que creó, no

voy a decir un panegírico aburrido y solemne como si se hubiera muerto un prócer, porque sé que esto lo hubiera matado con dos enfermedades que para usted eran las peores: la solemnidad y el aburrimiento. Tampoco voy a decir esa boludez de que el cielo se llevó un ángel, esas frases de estampita barata que se reenvían hasta el hartazgo por WhatsApp. Doctor, no me pida que cite a Hegel, Kant o uno de esos teóricos con apellido impronunciable y conceptos impracticables. Al final, usted nos engañó: fue a lo concreto y metió este golazo de media cancha, esta piña de amor en el centro de nuestros pechos, para despedirse en el momento justo, justo, justo. Será justicia. ¿Será justicia? No, no será. Porque esto es injusto. Como todo. Pero está lleno de su amor. Y acá usted manda, usted decide, usted gana, se pone la remera negra apolillada y sienta jurisprudencia. Así que, por su amor, gracias.

